

PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos está basado en la tesis doctoral defendida por Amelia Almorza en el Instituto Universitario Europeo de Florencia en el año 2011. Escribir un prólogo después de este tiempo es un motivo de nostalgia, pero también de alegría.

El trabajo, además, se inició en la Universidad Pablo de Olavide, a la que ha terminado regresando la autora, y ha tenido una larga e interesante historia. A Amelia le cabe el mérito —aparte de otros aquí evidentes— de ser ella quien eligió su tema de investigación; un tema del que, me consta, estaba prendada como historiadora, como persona apasionada por América Latina y, por último, pero no menos importante, en su condición de mujer. Ninguna de estas cosas es extraña. Y menos la última, como explicaré a continuación. Pero la trayectoria de este trabajo es muy significativa de la exquisita formación de su autora.

Amelia Almorza ha sabido aprovechar el tesoro más importante del pasado sevillano, y el que encierra los fuertes lazos que atan a esta ciudad con el mundo: el cada vez más preciado Archivo General de Indias, el valor de cuyos fondos, siempre incalculable para la humanidad, crece para los historiadores a medida que estos se dan cuenta de la importancia de la historia global. Su autora pudo disfrutar de la formación, también exquisita, del que es uno de los centros más importantes de investigación del mundo: el Instituto Universitario Europeo de Florencia, donde por aquellos años de principios de este siglo un grupo reducido de colegas desarrollábamos y poníamos en circulación conceptos que en el momento presente empiezan a ser de todos y que, como todas las ideas importantes, se usan sin percibir su origen: historia conectada, historia trans-nacional, historia global, historia atlántica... Ninguna de estas ideas la creamos en Florencia, pero todas se reciclaron, se perfeccionaron y se enviaron al mundo exterior desde allí merced sobre todo a la colaboración de un grupo amplio de estudiantes como Amelia que, al incorporarla a sus investigaciones, pasaron a ser los mejores embajadores que podíamos imaginar. El Instituto es así un centro pionero en muchas de las formas que hoy se imponen a la hora de hacer historia. Debo confesar que siempre me llamó la atención —y lo suelo comentar con mis ellos—, cómo allí muchos de nuestros estudiantes absorbían estos conceptos pensando que siempre procedían del exterior. Cuando se está en el

centro de un sistema pocas veces notamos que buena parte de ese sistema gira en torno al punto en que estamos, y que lo que parece traído de fuera, es en realidad una reelaboración creativa e incluso una creación en sí misma desde dentro también.¹ Me gustaría pensar que, gracias a investigadores como Amelia, la universidad española pudiera estar creando situaciones parecidas. Lo contrario es el seguidismo o el atraso, dos males a cuál peor.

Amelia volvería en su carrera a su Sevilla natal, donde hoy forma parte activa del grupo de investigación Globalización Ibérica que tengo el placer de coordinar y de ArtEmpire (apoyado sobre una Consolidator Grant del European Research Council) que tan brillantemente dirige la doctora Bethany Aram en la Universidad Pablo de Olavide. Espero que el periplo le haya compensado a Amelia Almorza. Es evidente, a la vista de esta publicación, que sí nos ha compensado a los que, en su camino o no, entendemos que el historiador y la historiadora (así lo diría también ella, con justicia) tienen todavía algo que decir a un mundo que, cada vez más, parece mirar solo al futuro, cuando no tiene las narices hundidas en la pantalla de un teléfono móvil.

La pregunta que hay que plantearse, pues, es por qué un libro como el presente es una aportación. Creo haber explicado en alguna ocasión —con poco éxito— que la Historia no siempre se hace para algo, sino por algo. Ese algo normalmente tiene que ver con una de las pasiones más humanas: la curiosidad, en este caso la curiosidad por el propio pasado. Las personas se desviven por conocer las sociedades, las comunidades sociales, su pasado. Ninguno de nosotros podrá vivir el futuro sin conocer el pasado.

Este libro es una muestra palpable de ello. En sus páginas, una persona deslumbrada por América se pregunta cómo las mujeres, con las que se identifica, han vivido la experiencia de lo que hoy denominamos erróneamente primera globalización, globalización primitiva y de muchos otros modos. Así, el libro no surge para algo, sino por algo y va asociado a la personalidad —entusiasta, por cierto— de su autora. Si no fuera porque se podría tomar como una crítica (y es un elogio), yo diría que el libro se caracteriza por la falta de distancia entre autor y tema, pues la implicación de su autora por su contenido es más que evidente. No sé si es esa pasión de la autora por su tema el secreto de que el trabajo se haya culminado y el lector lo tenga entre sus manos. La historia de las mujeres ha sido escenario de un giro copernicano, pero a veces no percibido en las últimas décadas. Hemos pasado de una historia de las mujeres como objeto de estudio a una perspectiva de género. Lo que cuenta,

¹ Entre los años 2005 y 2011, si no recuerdo mal, Amelia Almorza asistió a seminarios impartidos por mí mismo y por colegas como Antonella Romano, Gerhard Haupt, Steve Smith, Kiran Patel, Sebastian Conrad y otros sobre historia comparada y trans-nacional, historia global y atlántica, circulación de ideas y transferencias culturales, circulación global de bienes y modelos de consumo, etc. e incluso se pudo beneficiar de la Summer School of Transnational and Comparative History que tuve la suerte de dirigir desde 2004 y durante varios años junto con algunos de los colegas mencionados y, en particular, con Gerhard Haupt y Antonella Romano.

cada vez más, ya no es que estudiamos a las mujeres, sino que estudiamos el pasado bajo el prisma de la acción de las mujeres y de los hombres, bajo la idea de que es una Historia con género. Esto, aparentemente banal, es crucial. Quiere decir que, puesto que se trata de una perspectiva, todo se puede mirar desde esa perspectiva y que no hay objeto de estudio —la economía, la cultura, la acción política, la sociedad, la enseñanza, la guerra... lo que queramos— que no se pueda y se deba ver desde ese punto de vista. Quienes se han ocupado de cómo se ha escrito la Historia —la historiografía— saben que este es un giro revolucionario en la Historia de la Humanidad. Un giro, además, que ya no tiene vuelta atrás: nunca hasta hace unos años, nunca durante milenios, el pasado se había mirado de esta forma y esto marcará un antes y un después en la forma en que construimos el pasado. Dentro de cien años, no me cabe duda, los historiadores hablarán de la revolución femenina en la forma de mirar el pasado.

Lo que el lector tiene en sus manos es eso y es ambas cosas. Es historia de muchas mujeres cuya vida se rescata para el recuerdo; un hecho este que no solo es de justicia si entendemos la Humanidad como un conjunto de seres que viven y han vivido juntos y deben convivir con su pasado (cosa no siempre fácil). Lo que el lector va a ver es el desfile de muchas mujeres que, gracias al esfuerzo de la autora, se han hecho aquí de carne y hueso, con sus sentimientos, con sus pasiones, con su solidaridad y su ternura, muchas veces entre mujeres y muchas veces también hacia sus seres cercanos. Pero este es un libro también con perspectiva de género y que, al serlo, feminiza el relato e ilumina de género, en este caso de género femenino, tantos aspectos del pasado. La emigración ya no es cosa de hombres, sino también de mujeres. Amelia nos dice, por ejemplo, que la emigración española (castellana, sobre todo) a América se caracteriza, frente a otras emigraciones, por el peso de su carácter femenino. Al hacerlo nos obliga a estudiar otras emigraciones, anteriores y posteriores, con esa lente. La perspectiva ha desvelado nuevas dimensiones del pasado. Nos recuerda que la correspondencia epistolar estaba cargada de género, que la cultura escrita, incluso en las cartas de llamada del Archivo General de Indias, aparentemente «oficiales», estaba cargada de género, que la emigración se sustentó en el valor de las dotes con las que muchas veces se pagaba el pasaje, es decir, que estaba condicionada por prácticas de género que realzan el papel económico de la mujer, sobre todo si se tiene en cuenta que amasar una dote era muchas veces el resultado de años de trabajo y ahorro por la propia «moza casadera» (una expresión poco feliz en el momento presente). Aquí se nos hace ver la solidaridad y los sentimientos, las instituciones informales de esa solidaridad que estaban cargadas de género, como son la amistad o la afinidad de origen. Y se nos recuerda que las mujeres crearon instituciones de caridad, estas sí, muy formalizadas con sus estatutos escritos y sus reglas, que surgieron de esos sentimientos. La historia de género —no es extraño— ha sido el origen

de la historia de los sentimientos, un campo en desarrollo explosivo que nos permite ver que los seres humanos no son solo razón, o, como afirma Kant, que la razón lo es sobre todo cuando atiende también al corazón. Amelia se topa también con todo esto y abre puertas que pueden aún llevar más allá. Aquí en este libro, sin poderlo evitar, se habla de continuo de pasiones: de afectos y sentimientos, de amor, pero también de ternura, de violencia, de ambición y de miedos, muchos miedos; miedos a la incertidumbre del viaje, al parto (sobre todo si se daba en el viaje), miedo a la pobreza y a la soledad, miedo que lleva a viajar en grupo buscando la protección —a veces interesada— de un hombre. Basta leer la carta —escrita con lágrimas en los ojos como seguramente lo fueron muchas— de María Bazán de Espelleta, para quedar francamente impresionados y caer presos de un relato de sentimientos. Me gustaría —pero esto, como el tema de la tesis, no es cosa mía— que esta vía pudiera ser explorada aún más profundamente por Amelia Almorza.

*Esta historia de mujeres es lo que un grupo de historiadores parisinos, y también en Florencia, empezó a denominar una historia conectada. El término, que tiene su raíz en la *histoire croisée* que los historiadores españoles —otra vez, a veces sin saberlo— traducimos como historia entrelazada, hace referencia a cómo las historias locales se entrelazan y condicionan mutuamente merced a agentes que enlazan esos espacios. Esto es lo que hace Amelia al poner en contacto los dos lados del Atlántico. La historia atlántica surge como una forma de entender el Atlántico como una unidad relacional y desde abajo, desde la perspectiva de la gente común, para entender las formas en que sus sociedades —a menudo de espaldas a sus instituciones formales se condicionan entre sí—. Este libro es un buen ejemplo. El énfasis que se pone en las relaciones familiares, de parentesco, de solidaridad o de amistad, en las historias personales que, por encima de las leyes escritas, crean confianza frente al miedo y la desolación entre las mujeres, el interés por seguir las también en América, e indirectamente por ver cómo influyeron en el desarrollo de aquella sociedad, todo ello tiene mucho que ver con esto. Ciertamente, no se estudia aquí el impacto de la emigración femenina en la sociedad castellana. No es *histoire croisée* de doble dirección. Pero tiempo habrá de ello. El libro tiene paralelos y uno de los más notables —pero que no le precede, por cierto— es el trabajo de Emma Rothschild sobre *The inner life of Empires* (la vida interna de los imperios, bella expresión),² donde se nos recuerda con un caso concreto, acercándose como Amelia a la historia de la gente de carne y hueso, cómo los imperios se componían de redes de relaciones personales que, entrelazados a sus instituciones formales, los condicionaban y conformaban. El libro que tengo el placer de presentar es así también una contribución al conocimiento de cómo funcionan los imperios ibéricos.*

² *The Inner Life of Empires: an Eighteenth-Century History*, Princeton: Princeton University Press, 2012.

Es precisamente por esta razón por la que esta obra no puede sino enlazar con otro campo historiográfico —y también es pionera pues está escrita mucho antes de que algunos historiadores españoles se acordaran de ello— cada vez más importante como es el del estudio del modo en que las relaciones familiares actuaban en la distancia. La historia de la familia ha tenido en nuestro país un desarrollo muy notable y hay que agradecer, entre otros, a F. Chacón el esfuerzo realizado desde Murcia, a James Casey sus aportaciones sustanciales en un terreno tan fértil, así como otras aportaciones que no puedo nombrar por razones de espacio. Pero lo que se presenta aquí es algo diferente. Se trata de destacar cómo la familia, el parentesco y las redes de afectos y solidaridad que crean han sido el soporte de procesos de globalización y de relaciones entre espacios lejanos. Hace ya algún tiempo este aspecto se intentó plasmar en un libro que tuve la oportunidad de dirigir dentro de un grupo de investigación en el que se enmarcó también el estudio de Amelia Almorza, quien formó parte, e incluso fue coordinadora de algunos de los talleres en los que se desarrollaron en Florencia.³ Solemos —solíamos— hablar de los imperios como superestructuras políticas, regidas desde arriba por instituciones formales, pero los imperios, y en particular los ibéricos, se tejieron sobre relaciones de matrimonio, de parentesco, de amistad, etc. que muchas veces se proyectaban entre espacios muy distantes. Eso se ve con claridad meridiana en este libro. Es en torno a este enfoque donde se enmarcan las contribuciones de Amelia Almorza a la historia de la comunicación entre ambos lados del Atlántico. Es a través de esta obra cómo se puede entender la perspectiva de género, y es esta historia de la familia y de las relaciones interpersonales por extensión la que nos puede servir para entender algo crucial. El imperio español y los imperios ibéricos se sustentaron en instituciones capaces de reducir los problemas de comunicación, el riesgo y la incertidumbre. Y esto más de lo que a veces se cree. Me gusta repetir que un protocolo notarial de Lima era idéntico al de Sevilla, Valladolid o Villafraña del Bierzo. Como eran idénticos el de Lisboa y el de Macao. Esto es una muestra de que en pocos años un imperio del que se ha dicho que era un gigante con instituciones de nula eficiencia se había dotado de formas de crear seguridad basadas en la aplicación de códigos legales y morales idénticos o muy parecidos sobre espacios muy distantes. Este es el imperio que crea una serie de instituciones que controlan y, sobre todo, regulan y organizan la emigración, y que Amelia retrata con viveza sobre bases conocidas a veces. Pero lo que sale aquí a la luz es que esa expansión se basó en lazos familiares y de parentesco, y no solo sobre instituciones formales, que rebajaban el riesgo —incluso físico— hacían circular noticias, rebajando así los costes de la información, servía para hacer transferencias de dinero, etc. El matrimonio era así vital y a veces, no solo por la solidaridad que creaba entre

³ Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación del imperio español, 1492-1714. Madrid: Marcial Pons, 2008.

castellanos. Lo sabemos para el caso español, y Amelia Almorza lo alude en sus estudios sobre Lima, pero también para el portugués, donde el uso del término casado se convierte en algo esencial en las relaciones con las sociedades con las que toman contacto, en la creación de confianza para terceros, etc. Es precisamente esta relación o este conjunto de relaciones familiares en forma de redes sociales lo que —como también he intentado demostrar en un libro de próxima aparición— crearía el cara y cruz de estos imperios pero, además lo que les asimila, entre otras cosas, a casi todos los imperios que en la Historia ha habido durante milenios.

Escribo estas notas en junio de 2018, entre noticias que hablan sobre abusos sexuales a mujeres indefensas e inmigraciones ilegales, que hablan incluso sobre cómo los primeros se dan en el contexto de las segundas. Se percibe además que las instituciones del Estado son incapaces muchas veces de atajar tantos males o incluso de atemperarlos. Algunos Estados incluso parecen querer aumentarlas. Y me gustaría terminar con esto. Los modernistas estamos acostumbrados —tanto que ya no nos queda ni la paranoia— a que se piense que el presente solo se entiende desde la historia más reciente. Este libro es la prueba de que esto no es así. Lo que nos cuenta es una historia de éxitos y fracasos de muchas mujeres en la emigración del siglo XVI, pero esta es una historia de hoy. A quien no parta de esta idea le puedo dar un consejo: que no lo lea, no le merece la pena. Pero que, si lo hace, que se prepare a viajar del siglo desde el XVI al XXI como si fuera sobre lo que ocurre hoy.

Y ya termino. Este libro se caracteriza, además, por el acopio de fuentes a ambos lados del atlántico, por un análisis a menudo muy fino de ellas, por una bibliografía internacional propia de una historiadora con la trayectoria de Amelia Almorza, por la familiarización de su autora con estados de la cuestión en campos muy diversos: la historia demográfica y económica, la historia de la cultura escrita, la historia de la familia, etc. Todo ello demuestra un notable esfuerzo intelectual y personal. Y no se debe olvidar tampoco que un libro como este no es nunca fruto del trabajo individual, aunque todos los méritos sean de quien lo firma. Estos libros suelen ser fruto también —para bien y para mal; creo que para bien en este caso— del hervidero que crean grupos de trabajo. Estoy seguro de que a Amelia no le importará que escriba aquí que es difícil no reconocer el trabajo de toda un área de conocimiento, la de Historia Moderna de la Universidad Pablo de Olavide, que está a punto ahora de cumplir veinte años y que, creo, ha hecho ya importantes contribuciones al conocimiento de la época moderna no sólo entre los historiadores españoles sino entre los de todo el mundo. Los proyectos que en ella existen sobre historia global, pero sobre todo la alta talla intelectual de las personas que la componen son, creo, la muestra más clara de ello. Este grupo de personas, me apresuro a decir, no se compone solo de las que administrativamente se cobijan bajo esa fórmula académica, sino de una red de relaciones personales que va

PRÓLOGO

mucho más allá y a la que seguirán perteneciendo muchos de ellos siempre que lo así lo quieran, como creo ha hecho Amelia Almorza en su periplo pasado y en los que pueda hacer en el futuro. Por mi parte, lo único que me queda es dar las gracias a su autora por la oportunidad que me ha dado de escribir estas palabras que me llenan de indisimulado orgullo y satisfacción.

Sevilla, a 24 de junio de 2018

Bartolomé YUN CASALILLA

Catedrático de Historia Moderna
Universidad Pablo de Olavide, Sevilla